

Ejemplo para el cristiano,  
Y azote para el rebelde:  
A Juan Sepusio Baiboda  
A tus plantas reales tienes,  
Que desde el campo contrario  
A pedirte perdon viene.  
Soliman levantó el campo  
Por agüeros imprudentes  
Que dicen que son valores,  
Aunque temores parecen.  
Yo erré como hombre mortal,  
Y basta que lo confiese,  
Perdon pido á tu piedad;  
Y pues tan piadoso eres,  
Mucho más hago en pedirle  
Que tú haces en concederle.  
Esta corona dorada  
Que en mis valerosas sienes  
Estuvo substituida,  
Mi amor á tus piés ofrece,

Que corona que fué mía  
No es á tus sienes decente.

DON LUIS.

Ya quedaste vencedor,  
Ya el gran Soliman se vuelve,  
Ya te deja la campaña,  
Ya sin herirle le hieres.

DUQUE.

Vence, Trajano, en la paz.

DON LUIS.

Numa generoso vence.

CÁRLOS.

Juan Sepusio, gran Baiboda,  
Mis brazos mi amor te ofrece,  
Que no hace nada en errar  
El que luégo se arrepiente.  
Duque de Alba, estas finezas  
Estos abrazos conserven.

Marqués, yo estoy bien servido;  
Fernando, mi afecto es este;  
Don Luis, la señal del premio  
Os doy en tan nobles redes;  
Leonor, don Luis será vuestro;  
Y aquí dichoso fin tiene  
El Desafío Imperial.

BUSCARUIDO.

Y aviso á vuestras mercedes,  
Que me caso con aquella  
Compuesta de dos especies;  
Y no hago mal en casarme,  
Porque con esto me deje.  
El Senado nos perdona,  
Si el poeta lo merece;  
Hame encargado que os pida  
Un vitor, quien le tuviera,  
A pagar á otra ocasion;  
No hará mucho, aunque le preste.

## LOS ÁSPIDES DE CLEOPATRA.

### PERSONAS.

CLEOPATRA.  
LÉPIDO.  
IRENE.

UNA MUJER.  
MARCO ANTONIO.  
LELIO, *viejo*.

CAIMAN, *gracioso*.  
UN SARGENTO.  
OCTAVIANO.

OCTAVIO.  
LIBIA, *criada*.  
Músicos.

### JORNADA PRIMERA.

Salen IRENE y LÉPIDO.

IRENE.  
Cansado, Lépidó, estás.

LÉPIDO.

Irene, téngote amor.

IRENE.

¿No te hiela mi rigor?

LÉPIDO.

Desdenes encienden más.

IRENE.

¿Y los desaires?

LÉPIDO.

Tambien.

IRENE.

Confíesote que es verdad,  
Que á una grande voluntad  
La da sazón un desden;  
Si cae sobre amor, yo siento  
Que es el desaire donaire,  
Mas no si cae el desaire  
Sobre un aborrecimiento.  
Y así, pues tu engaño ignora  
Que tu amor aborrecí,  
Lo que te encendió hasta aquí  
Te puede helar desde ahora.

LÉPIDO.

Pues ya que saber merezco  
Que no me quieres...

IRENE.

Deten;

No es que no te quiero bien.

LÉPIDO.

Pues di, ¿qué es?

IRENE.

Que te aborrezco.

LÉPIDO.

¿Ese extremo no es igual?

IRENE.

Diferente viene á ser:  
Una cosa es no querer,  
Y es otra querer muy mal.

LÉPIDO.

Y, en fin, me dices aquí...

IRENE.

Ya tu oído lo escuchó.

LÉPIDO.

Que no me has querido.

IRENE.

No.

¿Y que me aborreces?

IRENE.

Sí.

Con la amorosa pasión  
No pensarán mis agravios

Que lo que hablaban tus labios  
Dictaba tu corazón.  
Mas la causa he de saber  
Por qué aborreces mi nombre.

IRENE.

No puedo querer yo á un hombre  
A quien venció una mujer.

LÉPIDO.

Aunque Cleopatra cruel  
Me venció, el ser vencedor  
No está en manos del valor,  
La fortuna da el laurel.  
Vencióme, y aún te asegura  
Esta verdad inclinada  
Que á no vencerme su espada  
Me venciera su hermosura;  
Que es tan bella...

IRENE.

Ten, que espero

Pedirte, si eres constante,  
Que te vengues como amante,  
Pero no como grosero;  
Que yo no he dicho verás  
En este desden primero  
Con decir que no te quiero  
Que á otro amante quiero más.  
Y tu venganza procura  
Tanto encender mi tibieza,  
Que alabas otra belleza  
Galanteando mi hermosura.  
Pues refrena tu osadía  
Como amante; que no es bien  
Satisfacer un desden  
Con toda una grosería.

LÉPIDO.

Que á tí te alabo verás  
Si lo miras ingeniosa,  
Que es hacerte más hermosa  
Estarte queriendo más.  
¿De alabarla sin amor  
Qué ofensa te puedo hacer,  
Si esto es darte á tí á entender  
Que me pareces mejor?

IRENE.

Yo aborrezco á Cleopatra, ya lo sabes;  
Y ni aún poco no quiero que la alabes.

LÉPIDO.

Tú me aborreces.

IRENE.

Tú me desobligas.

LÉPIDO.

Pues ni aún esto no quiero que me di-  
De Marco Antonio tengo estos recelos.

IRENE.

Tú eres el que te das á tí los celos.

LÉPIDO.

Que le quieres infiero.

IRENE.

Cortés soy, no te he dicho que le quiero.

LÉPIDO.

Pero tu amor su amor ha preferido.

IRENE.

Es galán, es valiente y entendido.

LÉPIDO.

Con la voz de la fama militante  
Tres veces Roma me aclamó triunfante.

IRENE.

Y Cleopatra eclipsar tu luz procura.

LÉPIDO.

Es hermosa, y venció con la hermosu-  
De grosero otra vez das testimonio.

IRENE.

Y tú, ¿por qué alabaste á Marco Anto-  
Dices bien, ya lo veo,  
Resbalóse la voz por el deseo.

LÉPIDO.

Pues no te cause enojos  
Que se fuése mi lengua hácia mis ojos.

IRENE.

No me quieras, y alaba á quien qui-  
¿Qué prolijas nacisteis las mujeres!  
(*Toquen.*)

LÉPIDO.

Mas ¿qué clarín esparce poco atento  
Las raridades que concierta el viento?  
(*Toquen sordinas.*)

LÉPIDO.

Mas ¿qué sordinas, con acentos graves  
Divierten la capilla de las aves?

IRENE.

Triunfante allí un ejército ha ocurrido.  
Y otro ejército allí marcha vencido.

LÉPIDO.

¿Oh si el cielo quisiera [fuera!  
Que Marco Antonio el que ha vencido  
Que aunque es mi hermano César Oc-  
Es mi amante primero que mi herma-  
¿Si el cielo ha permitido [cido?  
Que Marco Antonio sea el que ha ven-  
Que aunque de su amistad tanto me  
Es mi dama primero que mi amigo.  
Marco Antonio es aquel, aquel mi her-  
Este que llega es César Octaviano.  
Pues supla á mi deseo mi recato;  
Llega en buen hora, honor del Triun-  
Llega á mis brazos, toma,  
Llega en buen hora, libertad de Roma.  
Mis lazos se prevengan á tus lazos.

LÉPIDO.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

IRENE.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

LÉPIDO.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

IRENE.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

LÉPIDO.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

IRENE.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

LÉPIDO.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

IRENE.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

LÉPIDO.

Es mi amante primero que mi herma-  
Es mi dama primero que mi amigo.

LÉPIDO.  
El corazon traduciré en los brazos.  
IRENE.  
Esta fineza en tu valor se estrene.  
*Salen por dos puertas diferentes, MARCO ANTONIO por el lado de Irene, y OCTAVIANO por el de Lépido.*  
OCTAVIANO.  
¡Oh Lépido!  
LÉPIDO.  
¡Oh Octaviano!  
MARCO ANTONIO.  
¡Oh bella Irene!  
IRENE.  
¡Oh dulce dueño mio!  
Móvil que arrastra todo mi albedrio.  
¿Cómo vienes?  
MARCO ANTONIO.  
Venci.  
LÉPIDO.  
¿Cómo te ha ido?  
¿No me responderás?  
OCTAVIANO.  
Vengo vencido.  
IRENE.  
Marte lo ha permitido soberano.  
MARCO ANTONIO.  
Déjame ver á César Octaviano.  
OCTAVIANO.  
A Antonio quiero hablar.  
LÉPIDO.  
A mi enemigo.  
MARCO ANTONIO.  
¿Lépido?  
IRENE.  
¿Hermano?  
OCTAVIANO.  
¿Irene? ¿amigo?  
MARCO ANTONIO.  
¿Amigo?  
OCTAVIANO.  
¿Qué tristeza á tus ojos ha ocurrido?  
MARCO ANTONIO.  
De hallarte con insignias de vencido,  
¿Qué alegría se ofrece á tu semblante?  
OCTAVIANO.  
De mirarte con señas de triunfante.  
MARCO ANTONIO.  
Como hoy á tu valor tu ruina estrena,  
Se equivocó mi gloria con tu pena.  
OCTAVIANO.  
Y como tú has logrado una victoria  
Se moderó mi pena con tu gloria.  
MARCO ANTONIO.  
Agradezco la fe de tu cuidado.  
OCTAVIANO. [gozado.  
Cuéntame, Antonio, el triunfo que has  
MARCO ANTONIO.  
Cuéntame aquesa lid sangrienta y fiera.  
OCTAVIANO.  
Fué desta suerte.  
MARCO ANTONIO.  
Fué desta manera.  
OCTAVIANO.  
Ya te acuerdas, Antonio, de aquel día,  
Que armados de ambiciosa bizzarria  
Fuimos los tres á conquistar el mundo.  
MARCO ANTONIO.  
Y que tocó á mi acero sin segundo  
El Asia.

OCTAVIANO.  
A mí la Europa dilatada.  
LÉPIDO.  
El África á los filos de mi espada.  
OCTAVIANO.  
Y que los tres con amigable trato  
Hicimos este heroico Triunvirato.  
Júpiter quiera que felice goce [noce.  
La tierra austral que el rumbo desco-  
LÉPIDO.  
Ya sabes que por suerte ó por estrella  
Me venció por el mar Cleopatra bella.  
MARCO ANTONIO.  
Y que sabiendo tu infelice suerte  
Volví del Asia solo á socorrerte.  
OCTAVIANO.  
Que echamos los dos suertes.  
MARCO ANTONIO.  
Ya lo digo.  
OCTAVIANO.  
Que le tocó á mi brazo este castigo,  
Que por la mar con ira y osadía  
Fuí á rendir á Cleopatra á Alejandria.  
MARCO ANTONIO.  
Que al Asia me volví.  
LÉPIDO.  
Que yo corrido  
En Roma entónces me quedé vencido.  
MARCO ANTONIO.  
¿Es esto ansi?  
LÉPIDO.  
Mi indignacion lo llora.  
MARCO ANTONIO.  
Pues oye agora.  
OCTAVIANO.  
Pues escucha agora:  
Cuando el alba y aurora, entónces be-  
Salen á reconocer á las estrellas; [llas,  
Cuando el tardo lucero, sin decoro,  
Murmurando está el sol hostezos de  
oro,  
Y el pájaro de verdes plumas rico  
Afila al tronco el argentado pico,  
Retoza el can, y la que ruge fiera  
Muestra la presa con que al tigre es-  
pera;  
Chupa el clavel el líquido rocío,  
Azota el pez las márgenes del río,  
Y en repetido tálamo dichoso  
La tórtola se pica con su esposo,  
Y la culebra sola  
Hondeando la arena con su cola, [che,  
Y al asomar del sol temprano el co-  
Muda la piel con que esperó la noche;  
Partí cortando al mar la verde bruma  
En trecientos centauros de la espuma,  
Pues volar y correr cada cuál sabe,  
Medio cuerpo cristal y medio nave.  
MARCO ANTONIO.  
La reina, entre las flores peregrinas,  
Encargó su custodia á las espinas,  
Y Clície, que por Febo se desvela,  
Era del campo fija centinela;  
Roció el viento con agua destilada  
A la luna, hasta entónces desmayada,  
Y ella con animosa cobardía  
Del desmayo volvió que la dió el día;  
Y á una estrella se sale desunido,  
Por acecharle al sol dónde se ha ido,  
Y porque vuelen graves  
Les dió la sombra luz á tardes aves,  
Cuando marché con treinta mil solda-  
dos,  
Seguros todos, porque son pagados.  
OCTAVIANO.  
Y apenas con descuido diligente

Encargamos las velas al Poniente,  
Cuando vapores del cristal sediento  
Tramaron nubes que vistiese el viento;  
El día oscureció, bramó el Siroco,  
Tejióse el sol de nieblas poco á poco,  
Erizóse al mar la estéril bruma,  
Que es el verde caballo de la espuma,  
Variaron descontentos á bramidos  
Todos cuatro elementos desunidos;  
Sólo la vista á solo el riesgo via,  
De mucho armada el oído no oía;  
Ya no acierta el gobierno el timonero,  
No encuentra con la escolta el marine-  
ro;  
El más hallado es el que más se ofusca,  
Da en el fogon el que la bomba busca;  
El padre allí del hijo es enemigo,  
No se acuerda el amigo del amigo;  
Cuál hubo que á la sombra agradecia,  
Por no ver todo el mal que se entendia;  
Cuál hubo que el relámpago deseaba,  
Por ver aquel espacio que duraba;  
Toda mi hueste en una voz se queja,  
Pero á ninguno aprovechó la queja;  
Y cuál hubo, que al ver no bien mira-  
dos,  
Cubierto el mar de árboles troncados;  
Tan ciego acierta, y tan despierto yerra,  
Que al mar saltó pensando que era  
tierra.  
MARCO ANTONIO.  
A mí me ayudó tanto la fortuna,  
Que el iman de las aguas, que es la  
luna,  
Influyendo por todas las estrellas,  
Me señaló serenidades bellas.  
A la sed que fatiga á mis soldados  
Arroyos se desgranran por los prados;  
Ardiente estio me ofreció á racimos  
Ociosa fruta en árboles opimos,  
Arbol allí más grato  
Ofreció calabucos al olfato,  
Y con sonoro y ajustado ruido  
Las aves consonancias al oído,  
Selva y prados en líquidos despojos  
Dieron amenidades á los ojos;  
Y como estrella nos influye amiga,  
El ocio fué nuestra mayor fatiga;  
Y, en fin, como suaves  
Nos saludaron las pintadas aves;  
El prado, el arroyuelo,  
La selva, el monte, luna, sol y cielo,  
Sin inconstancia alguna,  
No se halló quien creyese que hay for-  
tuna.  
OCTAVIANO.  
Salió el arco de paz, serenó el día,  
Y en la playa me hallé de Alejandria;  
Salté en Egipto, que es donde idolatra  
El sol los otros soles de Cleopatra;  
Desembarcamos en la playa apenas;  
El llanto se rió con las arenas;  
Y aunque en la playa estaba,  
La planta aun no creyó lo que pisaba;  
Cuando con ira ardiente  
Me acomete Cleopatra de repente;  
Por la márgen de un río, clara y pura,  
¿Quién ha visto con maña la hermosura?  
Resistirla procuran mis soldados,  
Y moverse no pueden de cansados;  
Allí con ira extraña  
Se aprovechó de la ocasion la saña;  
El alarido y confusion crecia: [fria,  
Lo que ántes fué cristal, ya es sangre  
Aquel, herido y fiero,  
Lidíaba con su mismo compañero;  
Desesperado aquel, cuando embestia,  
No por matar, que por morir reñia;  
Uno allí desangrado  
Sangre bebe que aquel ha derramado;  
Pero si aquella le desmaya, en breve  
Vuelve á alentar con la que el otro be-  
be;

Aquel que ni se anima ni acobarda,  
Esperando la lid la muerte aguarda;  
Huye un soldado sin que el riesgo  
[aguarde,  
Y le alcanza la muerte de cobarde;  
Uno acomete allí más diligente,  
Y se busca su muerte de valiente,  
Que no se libran de la muerte fiera  
Ni el que huye, ni el que embiste, ni el  
[que espera.  
MARCO ANTONIO.  
Yo, con valor, enojo y osadía  
Al reino de los Partos llegué un día;  
Salió su rey, su vestidura era  
De pieles remendadas de pantera;  
Sacó eminentes, pero no constantes,  
Castillos sobre espaldas de elefantes;  
Tal ejército el jóven acaudilla  
Que ocupa más espacio de una milla;  
Son sus altas trincheras baluartes,  
Al sol encubren rojos estandartes;  
Mas, dije, como el mundo no me asom-  
bra,  
«No importa, pelearémos á la som-  
bra.»  
De noble ira, de ardimiento armada,  
Mi gente la embistió desbaratada;  
Mis tropas se dividen una á una,  
Pero las concertaba la fortuna;  
Si en proporcion el Parto acometia,  
Su mesma ceguedad le dividia;  
De emboscada miré salir airados  
Sobre veinte elefantes, mil soldados,  
Y aunque iban fijos ántes,  
Tienen tal propiedad los elefantes  
Que si tropiezan, sea del peso ó pena,  
No pueden levantarse del arena;  
Y es preciso, si quieren ir delante,  
Que el mismo que los guia, los levante;  
Pues cuando me buscaron  
En un reducto que hice, tropezaron;  
Y como el que primero acometia  
Levantarse á si mismo no podia,  
Quedaba entre el arena sepultado  
A un tiempo el elefante y el soldado.  
OCTAVIANO.  
Sobre un caballo, pájaro sin pluma,  
Que á nado pasó el golfo de su espuma,  
Que cuando al freno su altivez sujeta,  
Irritado á la voz de la trompeta,  
Alzó tanto al pisar las peñas duras  
Que el mismo se miró las herraduras,  
Salió Cleopatra, más divina aurora,  
Animando su hueste vencedora;  
Retirarme otra vez al mar procuró  
Y menos de las aguas me aseguro;  
El soldado, que auxilios procuraba,  
Por saltar en el barco en el mar daba;  
Y cual entre uno y otro grave empeño,  
Se arroja al mar sobre tronchado leño;  
Recojo algunos que morir quisieron,  
Y de ser desdichados no murieron.  
MARCO ANTONIO.  
Al Parto venzo, y viéndome triunfante,  
Su rey me llama el Asia militante.  
OCTAVIANO.  
Surco el Mediterráneo, á Roma llego  
Rendido de Cleopatra. (Ap. ¡Ah dulce  
MARCO ANTONIO. [fuego!)  
Las aves me repiten la vitoria,  
Los bronces la dedican á la historia.  
OCTAVIANO. [ras  
Acuérdanme entre aquellas peñas lie-  
Mi ruina negras aves agoreras.  
MARCO ANTONIO.  
Llego á verte, y hallándote vencido,  
Yo me parece que el vencido he sido.  
OCTAVIANO.  
Hallote, y comó el Asia has sujetado,

Yo presumo que soy el que he triunfa-  
do.  
MARCO ANTONIO.  
Tu voz por todo el orbe se derrama.  
OCTAVIANO.  
Tú eres el que da lenguas á la fama.  
MARCO ANTONIO.  
Para que las edades sean testigos  
De que somos los dos fieles amigos.  
OCTAVIANO Y LÉPIDO.  
Y al rendir sus provincias una á una,  
Préstanos, Marco Antonio, tu fortuna.  
MARCO ANTONIO.  
Si haré, César Octaviano,  
Y vive el móvil primero,  
A cuyo natural curso  
Se arrastran estotros cielos,  
Que ha de estreñarse Cleopatra  
En las iras de mi acero,  
Aunque embotados de herir  
Tenga sus filos sangrientos.  
Marchad otra vez, soldados;  
Ea, á vengar, compañeros,  
La sangre de los romanos  
Que ha teñido el mar Tirreno.  
Ea, á Alejandria, soldados,  
Y pésame que es empeño  
En vencer una mujer,  
Cuando á tantos reinos venzo.  
Lépido, si tu desdicha  
Te ha vencido, y no tu esfuerzo:  
Octaviano, si tu estrella  
Te ha vencido, y no tu aliento;  
Yo, que soy vuestra fortuna,  
Vengar á los dos prometo  
Antes que al ocio le encargue  
Este no vencido acero.  
Sólo descanso en la lid;  
Ea, á descansar marchemos;  
Alto, á embarcarnos, amigos;  
Aten al mar con sus remos  
Para sembrarle de sangre  
Esos inconstantes leños;  
Ea, á vencer á Cleopatra,  
Este encanto descifremos,  
Que no ha podido el valor  
Ver, siendo mucho, estar ciego.  
Adios, César Octaviano.  
(Hace que se va.)  
OCTAVIANO.  
Espérate, que primero  
Te he de cumplir la palabra  
Que te he prometido. Al tiempo  
Que al Asia fuiste, ya sabes  
Que fué de los dos concierto,  
Que si vienes de la guerra  
Vencedor, te dé por dueño  
A Irene, mi hermosa hermana;  
Tú has vencido ya, y supuesto  
Que haces tú por mí lo más,  
Que es vengarme, yo pretendo  
Darte, pues me está tan bien,  
A mi hermana, que es lo ménos.  
Irene, dale la mano.  
LÉPIDO.  
Echas á perder con eso  
Nuestra venganza, Octaviano.  
¿Vesle que airado y sangriento  
Se irrita de nuestro agravio,  
Y á tu ruina desatento,  
Cuando le hallas diligente  
Le solicitas suspensio?  
Déjale vencer ahora,  
Que estorbar es desacierto  
Las atenciones de Marte  
Con las delicias de Vénus.  
MARCO ANTONIO.  
Los dos decís bien, amigos,  
Y así, tomando el consejo  
De Lépido y Octaviano,

El favor agradeciendo,  
Doy la mano y no la doy.  
Bella Irene, ya soy vuestro;  
Pero ántes que en esos lazos  
Se suspenda este ardimiento,  
Y ántes que pague amoroso  
Deudas de consorte al lecho,  
He de vencer á Cleopatra,  
Con que cumplo á un mismo tiempo,  
Quedando por dueño suyo  
Y yendo á vengaros luego  
Con el duelo de amistad  
Y de mi amor con el duelo;  
Tuyo soy, Lépido, amigo.  
LÉPIDO.  
¿Qué dices? ¿De celos muero!  
MARCO ANTONIO.  
Que avises á mis soldados  
Que á marchar estén dispuestos,  
Que al África he de embarcarme.  
LÉPIDO.  
Tus órdenes obedezco;  
Vénguem el cielo de tí. (Vasc.)  
OCTAVIANO.  
¿Bella Irene?  
IRENE.  
¿César nuevo?  
OCTAVIANO.  
Déjanos solos, que hablar  
A Marco Antonio en secreto  
Conviene á un cuidado mio.  
IRENE.  
Si tanto importa ya os dejo;  
Ménos valiente quisiera  
Y más amante á mi dueño. (Vasc.)  
OCTAVIANO.  
Ya estamos solos.  
MARCO ANTONIO.  
Sí, amigo.  
OCTAVIANO.  
Ninguno nos oye.  
MARCO ANTONIO.  
Es cierto.  
OCTAVIANO.  
Pues salga al oído tuyo  
Todo en voces mi silencio.  
MARCO ANTONIO.  
¿Qué dices? Dime tu mal.  
OCTAVIANO.  
¡Oh, pluguiera á mi deseo  
Que en mi lengua y en su voz  
Cupiera mi sentimiento!  
MARCO ANTONIO.  
No esté cobarde tu pena.  
OCTAVIANO.  
¿Cómo quieres tú que á un tiempo  
De una grande cobardía  
Se informe tu atrevimiento?  
MARCO ANTONIO.  
¿Cobardía? ¿Qué? ¿Has huido?  
¿Volviste la espalda al riesgo?  
OCTAVIANO.  
Mayor mal.  
MARCO ANTONIO.  
No puede ser.  
OCTAVIANO.  
Oye y sabrás el suceso.  
Amigo, yo vi á Cleopatra...  
MARCO ANTONIO.  
Tente, que has dicho más presto  
De lo que explicarlos quieres  
A todos tus pensamientos.  
¿Te aficionó su hermosura?  
Responde.



Ruego al cielo que por él  
No me saquen á quemar.

¿Quemar?

Es ley promulgada  
Contra el humano apetito.

Si ello es despues del delito,  
Quémante, no importa nada.  
¿Y en el castigo se encierra  
El hombre tambien?

¿Sólo á las mujeres?

No me voy yo desta tierra.

Con pasiones tan erradas,  
¿Cómo á amarme te acomodas?  
Respóndeme.

Las deseo ver quemadas.  
Y el quererte ahora, es  
Segun de la ley confío...

Dime, ¿por qué? Caiman mio!

Porque te quemen despues.

¿Plaza, plaza!

Que está del mar á la orilla,  
La Reina entra.

Del mundo es este teatro.  
Ya digo que no te quiero.

Yo desde hoy te he de querer,  
Que espero que te he ver.

¿Adónde?

En el quemadero.

Salen CLEOPATRA, LELIO, de barba,  
SOLDADOS y ACOMPAÑAMIENTO de hom-  
bres.

Reina de Egipto, sol de Alejandria,  
Luz que escribe en la luz que pautó el  
[día,

Comparacion tú sola á tu grandeza,  
Símbolo sola tú de tu pureza;  
Que el ser tan generosa  
Te hace que parezcas más hermosa;  
Excepcion de la regla, aun no creida,  
Pues no eres fea y eres entendida,  
Que del amor burlaste los engaños,  
Prudente sin la costa de los años.  
Hoy, que de escamas rústicas platea-  
[dos

Los peces de tus lucas deslumbrados  
Salen del mar, que tu verdad serena  
Hasta quedarse en seco en el arena.  
Hoy, pues, que al permitir tus rayos  
[rojos

Las águilas peligran en tus ojos, [yos  
Cuando hidrópicos llegan sus desma-

A beberse el concurso de tus rayos;  
Hoy, que conoce la teñida rosa...

Detente, no me alabes por hermosa;  
En vano, Lelio, á mi beldad prefieres;  
Alaba mi valor, si alabar quieres,  
Y no antepongas cuando yo te asombre  
Indicios de mujer á señas de hombre.  
¿Yo no he vencido á Lépido el romano?  
¿Yo no teñí de espumas el mar cano?  
¿Yo de sus popas, árboles y quillas,  
No he fabricado túmulos de astillas?  
¿Yo no vencí á Octaviano en esa playa,  
Que aunque se enoje, el mar le tiene  
¿Yo no dejo grabada [á raya?  
En la testa de hueso flecha alada  
Al venado, que es, sin dar engaños,  
Rústico coronista de sus años,  
Pues para que los lea el que los cuenta  
Se imprimen los instantes en la frente?  
¿Yo á Marco Antonio, á quien el Asia  
[aclama,

Ese, de quien es voz toda la fama,  
A que venga no espero  
A estrenarse en los filos de mi acero?  
¿Pues este vencimiento, esta grandeza,  
Débese á mi valor ó á mi belleza?  
¿No los venció mi espada? Si, ella ha  
[sido;

Pues si mi espada es la que ha vencido  
Y mi hermosura no, que no es segura,  
No alabes desde hoy más á mi hermo-  
[sura.

¿Quién puede haber que sea tan osado  
Que diga que á mis ojos se ha inclinado?  
¿Que si alguno me diera esos enojos,  
Yo misma me sacára á mi mis ojos!  
Si esta alma que á mi me anima rara,  
Del sol, con ser deidad, se aficionára  
Dél mismo al contemplarle  
Me dejára cegar por no mirarle.  
¿Oh, quién trocará el sexo recibido!  
De una mujer me pesa que he nacido,  
Por ser mujer, que á ser flaqueza toca,  
¿Oh, si hubiera nacido de una roca!

Sentarte agora puedes, [des,  
Que pues es dia hoy de hacer merce-  
Pues con aplauso, que serán tus glorias,  
Celebra Alejandria tus victorias,  
Que renueves te digo  
Al perdon los preceptos del castigo.

Cualquier delito mis piedades crea,  
Como el romper la castidad no sea.

En estos dos empezamos  
Que has de sentenciar agora.

¿Quién son esos dos?

Señora,  
Dos prodigios, dos extremos;  
Uno está preso, porque  
Es tan tierno ó es tan blando,  
Que está siempre enamorado  
A cuantas mujeres ve;  
Y otro quiere pretender  
Premios, que es justo que pida,  
Y es de que en toda su vida  
Nunca ha hablado con mujer;  
Este pide que te obligues  
Desta obediencia.

Está bien.

Y el otro pide tambien...

¿Qué pide?

Que le castigues.

¿Extremo notable ha sido!

Que esto está probado infiere.

En fin ¿uno á todas quiere,  
Y otro á ninguna ha querido?

El premio y castigo libre  
Igual de justicia el peso.

Pues soltadme al que está preso,  
Y prendedme al que está libre;  
Que si ese quiere una á una  
A todas juntas, se infiere,  
Que, pues á todas las quiere,  
No tiene amor á ninguna;  
Y por evidente ten,  
Aunque tu engaño lo ignora,  
Que ese que á ninguna adora,  
Es que á alguna quiere bien;  
Pues perdone mi grandeza,  
Y castigue mi porfia  
Del uno la hipocresía  
Y del otro la flaqueza.

Prosigo por éste.

Un hombre de baja suerte  
Está condenado á muerte,  
Porque dice mal de ti.

¿Qué dice?

Ahora lo sabrás:  
Que eres, dice el maldiciente,  
Generosa solamente  
Porque se diga que das;  
Y despues desta malicia,  
Con nueva temeridad,  
Que sólo es en tí crueldad  
Lo que parece justicia;  
Que eres soberbia, impaciente,  
Que eres vana, codiciosa,  
Y que el nacer tan dichosa  
Te hace parecer valiente.

¿Hay atrevimiento igual?  
Y dime, Lelio, tambien  
Si dice de alguno bien.

No hay de quien no diga mal.

Pues yo revoco esa pena  
Por lo que á todos me iguala,  
Que era señal de ser mala  
Si dijera que era buena.  
Soltadle, y logre esta suerte,  
Pero en esto se repare,  
Que al punto que me alabare,  
Mando que le den la muerte.  
Porque en un extremo tal  
No me estaba bien aqui  
Que hable sólo bien de mi  
Quien de todos habla mal.

Señora, si así librais  
El perdon para la ofensa,  
Si cuando el castigo piensa  
Al que murmura premiais,  
Por Júpiter, vuestro dios,

Os suplica mi cuidado,  
Que me admitais por criado,  
Que yo diré mal de vos:  
Que me recibais confío.

¿En qué oficio?

Si es razon,  
Pido que me hagais bufon.

¿Por qué?

Porque soy muy frio.

¿De dónde sois?

Soy romano,  
Y ser gitano querria.

¿Quién os trujo á Alejandria?

¿Quién? el César Octaviano.

Y en la batalla se ve  
Que os perdisteis.

Al principio me perdi,  
Pero á la postre me hallé.  
Huí de tí, y en Egipto  
Escondido he estado.

¿Cómo huiste?

Con los piés.

¿Sereis gallina?

Un poquito.

Sale UNA MUJER tapada.

La mujer que ves está  
Sentenciada á quemar.

¡Palo!

Con un hombre, su amor ciego  
Tus preceptos ha violado;  
El delito está probado.

Pues ejecútese luego.

Si estas lágrimas que lloro  
Pueden templar tu rigor,  
Sabe, que él me tiene amor  
Al paso que yo le adoro.  
Y acúsele tu piedad  
Este error escandaloso,  
Que con palabra de esposo  
Le entregué mi voluntad.  
A que me la cumpla guarde  
La piedad que en tí se espera.

¿No aguardarais que os la diera?

Ya me la ofrece.

Que la perdoneis os digo,  
Que ha de parecer muy mal,  
Por ser mujer principal,  
La infamia deste castigo.

Otro castigo, otra pena.  
Moderad, reina piadosa.

De esa campaña espaciosa  
De flores y áspides llena  
Dos áspides aplicada,  
Y en sus alevosos brazos  
Tengan ponzoñosos lazos  
Que indicios de mi crueldad  
La alijan con tal dolor,  
Que se reduzga mortal  
En ponzoña irracional  
La ponzoña del amor.  
Esta sangre de amor ciego  
Este tormento de sangre,  
Sea mi castigo la sangre,  
Pues no queréis que sea á fuego.

El cielo, puesto que muero,  
Con justicia soberana,  
Permita, reina tirana,  
Que te mate un áspid fiero.  
Y tambien llevo á pedir,  
Que por más sangrienta espada  
Mueras tan enamorada  
Como yo voy á morir.

Esa desdicha no espero  
Pues con justa causa mueres.

Y si algun hombre quisieres,  
Se dé muerte con su acero.

Véte.

El cielo te maldiga,  
Véngume el cielo de tí.

Yo vivo segura en mi.

Y otra vez pido, enemiga,  
Que pruebes tanto el dolor,  
Que antes que yo en esta suerte  
Pruebe efectos de la muerte,  
Pruebe efectos de amor;  
De tí seas escarmiento,  
Y tengas como yo el fin.

¿Mas qué sonoro clarín  
Rompe la region del viento?

Vuelve los ojos á la mar serena,  
Verás su playa de bajeles llena,  
Ducientos y más naves,  
Peces del aire y de la espuma aves,  
Con no seguro paso  
Vienen cortando al mar el azul raso;  
Un pájaro de pino en vez de pluma  
Hace de azul cristal nevada espuma,  
Son sus flámulas bellas carmesíes,  
Sus árboles se engastan de rubíes;  
Del ébano que al sol la cara empache,  
La popa trae relieves de azabache;  
De bronce el espolon que le asegura,  
A quien supo bordar la arquitectura;  
Y trae, porque la tenga el sol decoro,  
Palamenta de plata y timon de oro.

Ya en el mar cristalino  
Las abatió de enfermo lino.

Ya el áncora á su curso alado enfrena,  
Fiada á la constancia de la arena.

Ya un hombre en nuestra orilla se ha  
¡Llega á mis iras, infeliz soldado!

De paz es la bandera que despliega;  
Llega, infeliz soldado.

Llega, llega,  
Y pues de tu valor das testimonio,  
Di, ¿quién eres, soldado?

MARCO ANTONIO. (Dentro.)  
Marco Antonio.

Temor de oír su nombre he recibido,  
Y esta es la vez primera que he temido;  
Pero es valor este temor primero;  
Echar el velo á mi hermosura quiero;  
Que pues mi espada el triunfo me ase-  
[gura,

No quiero que le venza mi hermosura.

Llega, romano.

¡Toda soy de hielo!  
(Échase el velo en la cara.)

Sale MARCO ANTONIO.

Guarde, Cleopatra, tu hermosura el  
[cielo.

Vete, Caiman.

Obedecerte intento.

Véte, Lelio.

Si iré.

Tomad asiento.  
(Siéntanse sin mirarse.)

MARCO ANTONIO.

Cleopatra valerosa,  
Segun dice la fama, muy hermosa,  
Que es lo que agora ménos te asegura,  
Pues yo no he de rendirme á tu her-  
[mosura;

Reina de Egipto, no como solía,  
Porque hoy ha de ser mia Alejandria.  
Yo vengo, así una ofensa restituyo,  
A llevarte á mi reino por el tuyo.

MARCO ANTONIO.

Dióle sepulcro el mar á ochenta naves.

A Octaviano venció mi brazo airado.

El se dejó vencer de enamorado;  
Tus ojos, me contó que le rindieron.

Pese á mis ojos si ellos le vencieron;  
(Levántanse.)

¡Viven ellos, que al sol causan enojos,  
Que no te he de enseñar á tí mis ojos,  
Porque al verte vencido,  
No digas que mis ojos te han rendido!